



JEANNIE MILLER de Mempo Giardinelli

A veces pienso que Resistencia también es un pueblo feo, chato, gris y sucio. Como Formosa, digamos, aunque un poco más pretencioso. Pienso eso cuando siento la rabia que me produce acordarme de la historia de Jeannie Miller.

Fue hace exactamente diecisiete años. Ella tenía, entonces, diecisiete años, y estuvo once meses con nosotros, de febrero a enero. Llegó becada por un programa de intercambio de jóvenes, y en abril se enamoró del Pelusa Andreotti, que era uno de los chicos ricos de la ciudad, el mayor de los varones de una familia de pioneros de la inmigración. Un muchacho bello, de cuerpo atléticamente trabajado y ojos celestes, muy claros, del color de esa porción de cielo que se ve, a las seis de la tarde, sobre el horizonte verde de la selva y debajo de una oscura tormenta de verano.

Jeannie era una chica negra y llegó contenta a esta tierra donde todos se jactaron siempre de no ser racistas. Y eso pareció cierto cuando el Pelusa la empezó a presentar como su novia, y los viejos y los amigos del viejo, en el Club Social y en el Golf, la aceptaron porque después de todo era algo exótico ese asunto, y encima era una muchacha lindísima, de formas casi perfectas, una sonrisa de dientes que parecían copitos de algodón y una alegría que iluminaba cualquier sitio en que estuviese. Y además, era sabido, se quedaría poco tiempo en Resistencia.

A mí no me gustaba cómo la trataban los Andreotti, y alguna vez lo hablé con ella. Nos habíamos hecho muy compinches desde el día mismo de su arribo, porque yo era uno de los pocos chicos que hablaba un inglés medianamente bueno. Y aunque el mío era de Cultural Inglesa, y ella hablaba el del Mid West, de hecho le serví de traductor durante las primeras semanas, mientras ella practicaba su delicioso español.

Ella se entregó a la amistad de los chicos del Nacional, y todos la queríamos porque era una flor de mina: compañera, divertida, derecha. La pasó rebien en Resistencia, y fue feliz, y fue mi amiga. A mí ella me encantaba, la verdad, y debo admitir que quizá me enamoré pero nunca se lo dije porque nos habíamos hecho muy amigos y en aquella época yo pensaba que el amor podía ser una traición a la amistad. Pero fundamentalmente creo que no se lo dije porque yo era un chico muy tímido e inseguro. Por supuesto, cuando ella empezó a salir con Pelusa a mí se me revolviéron las tripas.

Se enamoró como se enamoran los adolescentes: de modo definitivo y con una entrega absoluta, porque para los adolescentes —hoy lo sé— todo es definitivo y absoluto y aún no saben, ni quieren saber, que es la vida la que se encarga, después, de enseñar matices, requiebros e hipocresías. Digamos que se enamoró con una inocencia como la de esas violetitas que crecen sin que la gente de la casa se dé cuenta. Y aunque no me gustaban ni el Pelusa ni los Andreotti, cuando Jeannie me pidió que no los juzgara mal, puesto que ella era feliz con ellos, también tuve que admitir que debían ser mis prejuicios porque pertenecían a esa despreciable clase de los nuevos ricos, llenos de ínfulas y mala memoria.

Al cabo de ese año Jeannie volvió a su tierra, que para nosotros era la inconcebible otra parte del mundo: Idaho, Wisconsin, o alguno de esos estados que nos resultaban improbables. En los últimos tiempos nos habíamos visto mucho menos: ella ya hablaba muy bien el castellano, andaba todo el día con el Pelusa y otros amigos, le hicieron un par de despedidas a las que yo no quise ir y bueno, creo que por despecho yo había empezado a noviar con otra chica, la verdad es que no me acuerdo. Supongo que estaba celoso. Antes de irse me llamó y nos pasamos toda una tarde andando en bicicleta y charlando. Fuimos al río y recordamos sus primeros días entre nosotros, nos prometimos escribirnos, y nos juramos que pasara lo que pasara nunca íbamos a dejar de ser amigos y yo alguna vez iba a ir a visitarla en su pueblo. En algún momento estuve a punto de decirle que la amaba, que estaba loco por ella, pero no me animé. Esa cosa terrible de los tímidos que hace que uno sepa que si no dice lo que siente en el momento en que debe decirlo se va a arrepentir toda la vida, pero igual no lo dice. Yo creo que ella se dio cuenta, porque en cierto momento me miró de un modo diferente, más intenso. O fueron ideas mías, nomás. La mirada de los negros, cuando está cargada de afecto, tiene muchísimos siglos de ternura. Y yo era chico, cómo no me iba a confundir.

El caso es que Jeannie se fue de Resistencia dejando una parva de amigos, recuerdos que todos creíamos imborrables y para siempre, y un corazón vacío que era el mío. También se llevó un montón de regalos. Entre ellos una cadenita de oro con una medallita de la Virgen de Itatí, que mi mamá compró para que yo se la regalara, y una estatuilla de algarrobo —un hachero de cabeza filosa— que el Pelusa le obsequió mintiéndole que era una artesanía típica de los indios tobas.

En el aeropuerto le pidió públicamente, además, que regresara para casarse, y ella le prometió que volvería al cabo de unos meses. Pero al día siguiente de su partida, nomás, ya el Pelusa le contaba a todo el mundo cómo se la había montado a la negrita, y las tetas que tenía, y tras cada risotada apostaba a que la negra volvería porque estaba loca por él. Y una tarde en la playa, ese mismo verano, le escuché prometer que se la pasaría a sus amigos para que todos supieran lo calientes que son las de esa raza.

No recuerdo nada especial que haya ocurrido aquel invierno, salvo que en nuestro último año de secundaria salimos subcampeones nacionales con el equipo de basquetbol colegial. Para la primavera, yo ya había decidido estudiar abogacía en Corrientes, y el mismo martes que fui a iniciar mis trámites de inscripción, en cuanto bajé del vaporcito en Barranqueras me enteré de que Jeannie había regresado al Chaco.

Esa misma noche la vi, y estaba deslumbrante, enamorada, encendida como los trigos nuevos. Nos dimos un beso y le dije que estaba preciosa. Había vuelto para reiterarle al Pelusa que lo amaba, pero también trayendo una noticia que equivocadamente pensó que debía ser maravillosa: estaba gestando un hijo. Inesperadamente para ella, se encontró con la hostilidad del hijo de don Carlo Andreotti, quien se encargó de que todo Resistencia supiera que la repudiaba a ella y a esa mierda de hijo negro que quién podía saber de qué padre sería y que resultaría el hazmerreír de la ciudad.

Por más esfuerzos que hicimos algunos amigos, Jeannie no soportó el desprecio y no duró ni dos días en Resistencia. El jueves por la mañana tomó un avión para Buenos Aires, y el viernes otro hacia Miami.

Dos semanas después supimos —cuando nos avisaron que se interrumpía el servicio de intercambio de jóvenes— que se había matado reventándose la panza con la estatuilla de algarrobo. Yo me ligué dos días de cana y un proceso por lesiones graves por la paliza que le propiné al Pelusa.

Después me fui a estudiar a Corrientes. Pelusa se casó al año siguiente con una chica de Buenos Aires, una rubia de ojos azules tan inteligente como una corvina.

Debieron pasar diecisiete años hasta que pude visitar el cementerio donde yace Jeannie Miller. Queda en las afueras de South Bend, Indiana. En su tumba deposité un ramo de rosas, y allí decidí que Resistencia es también un pueblo feo, chato, gris y sucio.

EL SIMULACRO

En uno de los días de julio de 1952, el enlutado apareció en aquel pueblito del Chaco. Era alto, flaco, aindiado, con una cara inexpresiva de opa o de máscara; la gente lo trataba con deferencia, no por él sino por el que representaba o ya era. Eligió un rancho cerca del río; con la ayuda de unas vecinas, armó una tabla sobre dos caballetes y encima una caja de cartón con una muñeca de pelo rubio. Además, encendieron cuatro velas en candeleros altos y pusieron flores alrededor. La gente no tardó en acudir. Viejas desesperadas, chicos atónitos, peones que se quitaban con respeto el casco de corcho, desfilaban ante la caja y repetían: Mi sentido pésame, General. Este, muy compungido, los recibía junto a la cabecera, las manos cruzadas sobre el vientre, como mujer encinta. Alargaba la derecha para estrechar la mano que le tendían y contestaba con entereza y resignación: Era el destino. Se ha hecho todo lo humanamente posible. Una alcancía de lata recibía la cuota de dos pesos y a muchos no les bastó venir una sola vez. ¿Qué suerte de hombre (me pregunto) ideó y ejecutó esa fúnebre farsa? ¿Un fanático, un triste, un alucinado o un impostor y un cínico? ¿Creía ser Perón al representar su doliente papel de viudo macabro? La historia es increíble pero ocurrió y acaso no una vez sino muchas, con distintos actores y con diferencias locales. En ella está la cifra perfecta de una época irreal y es como el reflejo de un sueño o como aquel drama en el drama, que se ve en Hamlet. El enlutado no era Perón y la muñeca rubia no era la mujer Eva Duarte, pero tampoco Perón era Perón ni Eva era Eva sino desconocidos o anónimos (cuyo nombre secreto y cuyo rostro verdadero ignoramos) que figuraron, para el crédulo amor de los arrabales, una crasa mitología.

Borges, Jorge Luis “El simulacro”, en El Hacedor (1956)

Enfermedad y muerte

Pigna, Felipe (2007). *Evita*. Planeta

Eva María Duarte (17 de mayo de 1919- 26 de julio de 1952), también llamada María Eva Duarte de Perón y más conocida como Eva Perón o como Evita, fue una dirigente política y actriz argentina. Se casó con Juan Domingo Perón en 1945 y tras la asunción de éste como presidente de la Nación Argentina el año siguiente, se convirtió en primera dama. Fue presidente del Partido Peronista Femenino y de la Fundación Eva Perón, y declarada oficialmente "Jefa Espiritual de la Nación", en 1952.

Eva Perón enfermó de cáncer de cuello uterino. En enero de 1950 había sido operada de apendicitis y los médicos Oscar Ivanisevich y Abel Canónico han relatado que los primeros síntomas podrían haber aparecido en ese entonces. Desde 1946, según relató Raúl Salinas, un funcionario de la comuna porteña, sufría desmayos y quebrantos, pero se resistía a parar. Según Page, en agosto de 1949, Eva le había confesado a un coronel de apellido Clark, agregado militar norteamericano, que en el último año había perdido diez kilos. La enfermedad de Evita trascendió y las embajadas extranjeras (España y Alemania, por ejemplo) ofrecieron sus mejores médicos para que la trataran.

Aunque fue sometida a un tratamiento de radioterapia con la supervisión del doctor Joaquín Carrascosa en su propia residencia de la calle Agüero, a los tres meses hubo una recidiva.

El 15 de octubre de 1951 publicó su libro *La razón de mi vida*. Más tarde se publicaría *Mi mensaje*, su último libro.

Ya muy avanzado el cáncer de útero, el 6 de noviembre de 1951 fue intervenida quirúrgicamente por el famoso médico oncólogo estadounidense George Pack en el Hospital Policlínico «Presidente Perón» de Avellaneda. El domingo posterior a la operación, el 11 de noviembre, Eva Perón, votó por primera vez en su vida. Lo hizo desde su cama de hospital.

Murió a la edad de 33 años, el 26 de julio de 1952. Tras su muerte la CGT declaró tres días de paro, la proclamó "Mártir del trabajo" y solicitó al gobierno nacional que decreté los máximos honores, declaró duelo por 30 días, a la vez que dispuso un paro de actividades que no afectaría los servicios indispensables durante 48 horas en todo el país. También a pedido de la central obrera la capilla ardiente se instaló en la actual Legislatura porteña. Inmediatamente, el pueblo comenzó a concentrarse en los alrededores al mismo tiempo que llegaban las primeras flores. En menos de 24 horas hubo 18000 coronas florales. El Poder Ejecutivo decretó dos días de Duelo Nacional, el féretro llegó a la planta principal del Congreso donde fue colocado en el centro del Hall de Honor.

Su cuerpo fue velado en la Secretaría de Trabajo y Previsión hasta el 9 de agosto que fue llevado al Congreso de la Nación para recibir honores oficiales, y luego a la CGT. La procesión fue seguida por más de dos millones de personas y su paso por las calles recibió una lluvia de claveles, orquídeas, crisantemos, alhelíos y rosas arrojados desde los balcones cercanos. El 27 de julio el cuerpo de Evita fue trasladado en un coche del servicio fúnebre hasta el Ministerio de Trabajo y Previsión, donde se había montado la capilla ardiente. El velatorio se prolongó nueve días más, con colas de hasta 35 cuadras, aún bajo la lluvia y el intenso frío, formadas por personas de diferentes orígenes y clases sociales que deseaban tributar su último adiós a la dirigente. Su cuerpo fue expuesto en la capilla ardiente instalada en el Congreso Nacional.

Su cuerpo fue embalsamado y mantenido en exposición en la CGT. Mientras tanto, el gobierno empezó las obras del Monumento al Descamisado, que se había proyectado con base a una idea de Evita y que sería su tumba definitiva. Cuando la Revolución Libertadora derrocó a Perón el 23 de septiembre de 1955, el cadáver fue secuestrado y hecho desaparecer durante 14 años.



LENGUA Y LITERATURA
SEXTO AÑO



Historia de la Marcha del Orgullo en Argentina

El 2 de julio de 1992 se realizó la primera marcha del orgullo gay-lésbico-trans, en la Argentina. Alrededor de 300 personas fueron parte de la movilización. Quienes estuvieron ahí cuentan que muchos de los y las participantes llevaban máscaras de cartón para evitar ser reconocidos.

"Libertad, Igualdad, Diversidad" fue la consigna de esa primera Marcha que se desplegó desde Plaza de Mayo hasta Congreso. Desde entonces, se realiza ininterrumpidamente y se convirtió en el acto público más importante de la comunidad lésbica, gay, bisexual, travesti, transexual, transgénero, intersex y queer, que apunta a visibilizar los reclamos, las conquistas y el orgullo por la elección de cada orientación sexual, identidad y expresión de género.

Año tras año, los grupos organizadores debaten las consignas que van a encabezar la marcha: Visibles para ser Libres e Iguales (1994); La discriminación nos condena. La policía nos mata. Seguimos de pie (1996); En la sombra de la hipocresía, a brillar mi amor (1999); Amar y vivir libremente en un país liberado (2002); Somos todos y todas maravillosamente diferentes (2006): Nuestro festejo es reclamo: Igualdad. Libertad. Diversidad (2007); ¡Ley de Identidad de Género ya! (2011); Por más igualdad real: Ley Antidiscriminatoria y Estado Laico (2014); Basta de femicidios a travestis, transexuales y transgéneros. Basta de violencia institucional. Orgullo para defender los derechos conquistados (2017), fueron algunas de las banderas que se levantaron en cada evento.

En 1984, en el marco de la vuelta a la democracia, los activistas Carlos Jauregui y César Cigiutti formaron la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) con el objetivo de luchar contra la represión y los edictos policiales heredados de la dictadura militar. Ellos fueron los impulsores de la primera marcha junto a las organizaciones Sociedad de Integración Gay Lésbica Argentina (SIGLA), Transexuales por el derecho a la vida (TRANSDEVI), Grupo de Investigación en Sexualidad de Investigación Social (ISIS), Iglesia de la Comunidad Metropolitana (ICM) y Convocatoria Lesbiana. Con el tiempo, se sumaron nuevas agrupaciones que reflejaban la diversificación de las identidades, de tal manera que para la marcha de 1993 se incorporó la sigla LGT.

LA REVUELTA DE STONEWALL, EL HECHO QUE ENCENDIÓ LA LLAMA DEL ORGULLO

Fue un hito fundador en cuanto a manifestaciones públicas y masivas de la diversidad sexual. El 28 de junio de 1969, en un bar de Nueva York llamado "Stonewall Inn", concurrido por hispanos, afros, homosexuales, lesbianas, trans, drag queens, la policía llevó a cabo una de las tantas razzias que acostumbraba realizar, amparados en las leyes americanas que prohibían desde las expresiones consideradas homosexuales hasta vestir con prendas del sexo opuesto.

A cambio de coimas, la policía neoyorquina avisaba a los dueños de los bares en qué momento intervendrían. Esa noche, sin previo aviso y vestidos sin uniforme, la policía comenzó a perseguir a todas aquellas personas que no tenían cédula de identificación. La indignación y bronca acumulada ante estos abusos de poder fue tal que gays, lesbianas y trans se negaron a ser detenidos. Una multitud, que se enteró que "Stonewall Inn" estaba siendo intervenido, se agolpó en las inmediaciones del bar. Ante las

golpizas y detenciones arbitrarias por parte de la policía, comenzaron los insultos, los piedrazos, las corridas al grito de "gay power".

Más de 2000 personas se enfrentaron, durante dos días, cuerpo a cuerpo, contra más de 400 agentes de policía. La trifulca fue tapa de diarios y uno de los ritos iniciático de visibilidad para los movimientos de la diversidad sexual.

(Foto: Revista Cuadernos de existencia lesbiana)

Desde la CHA consideran que si bien Stonewall es tomado como la primera

protesta masiva, ya había grupos organizados, realizando otras a través de los Estados Unidos. Como en abril de 1966, cuando la Mattachine Society de Nueva York se manifiesta contra el cierre de las barras gays y las políticas gubernamentales de revocación de licencias para vender bebidas alcohólicas en los establecimientos homosexuales; o en mayo de 1965, la Janus Society protesta en Filadelfia contra el dueño de un restaurante que se negó a servirle a un grupo de personas, a quienes identificó como homosexuales y lesbianas.

En la Argentina, recuperando memorias de luchas pasadas, se encuentra la agrupación Nuestro Mundo, surgida en 1967 y reconocida como el primer grupo de diversidad sexual del país y de América Latina. Nuestro Mundo invitaba, desde sus boletines y fanzines, a la liberación homosexual. Este colectivo se transformó en los años 70 en el Frente de Liberación Homosexual (FLH), que bajo su manifiesto político "Sexo y Revolución", tuvo a Néstor Perlongher y Manuel Puig, como dos de sus principales referentes.

El FLH reunió a grupos y organizaciones de homosexuales y lesbianas de diversas vertientes ideológicas, que tenían como meta incorporar a las sexualidades en el debate político. Editaron durante seis años la revista Somos, que alcanzó



ocho publicaciones. Las últimas de ellas, desde la clandestinidad, meses antes del comienzo de la última dictadura cívico-militar.

Las publicaciones gráficas constituyeron un espacio importante de militancia, resistencia y visibilización. Con la vuelta a la democracia, proliferaron revistas como *Cuadernos de Existencia Lesbiana*, que agotó sus únicos 50 ejemplares en su primer día de venta: un 8 de marzo de 1988, cuando un grupo de lesbianas irrumpió en la Plaza de los Dos Congresos bajo la consigna “*Apasionadamente lesbiana*”; o la revista *Sodoma*, editada por Grupo de Acción Gay, que solo publicó dos números entre 1984 y 1985.

Hoy en día, los cientos de personas que se reunían en las primeras marchas se convirtieron en miles, que bajo diversas banderas, agrupaciones o por su cuenta, marchan con la consigna común de seguir ampliando derechos, visibilizando y festejando la diversidad.

Noviembre 2019 - <https://www.cultura.gob.ar/orgullosos-de-la-diversidad>

“Una institución pública no es lugar de adoración”

La polémica por un proyecto para sacar las imágenes religiosas de los tres poderes del Estado tuvo una mirada desde una parte de la Justicia. Confeso católico apostólico y juez de Menores en el foro local, Rodrigo Morabito, en su momento hizo una observación relacionada al tópico cuando sugirió que se retiren las imágenes de su juzgado. El magistrado, en diálogo con este medio, recordó que la solicitud por aquel entonces se basó en el punto de que en las instituciones públicas no debería haber símbolos religiosos. “La Constitución nacional dice que hay libertad de culto y en base a ello, no hay motivos para que se encuentren símbolos religiosos. No hacen mal, pero tampoco bien”, aclaró Morabito. El magistrado en algún momento habló con el personal del juzgado planteando, de fondo, que se debería dar un puntapié local para cumplimentar con la Constitución nacional. Es que si bien la carta magna no establece que las imágenes deben ser retiradas, sí profesa la libertad de culto. “Desde el punto de vista constitucional hay libertad de culto y las instituciones públicas impondrían una imagen religiosa. ¿Cuál es el criterio? En todo caso, se deberían aceptar todas las imágenes. Una institución pública no es un lugar de adoración”, dijo. La Carta Magna nacional, en su preámbulo, invoca “la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia” e incluso, establece que “el Gobierno federal sostiene el culto católico apostólico romano”. Más adentro, deja marcado el derecho para todos los habitantes “de profesar libremente su culto”. El cuarto artículo de la Constitución local señala que “el Gobierno protegerá el Culto Católico Apostólico Romano, sin perjuicio de la tolerancia de cultos garantizada por la Constitución Nacional”. “Existe la libertad de culto, la imagen que esté puede molestar o no, pero generalmente que exista libertad de culto no significa que en las instituciones deba haber imágenes religiosas ya que para ello existen lugares específicos”, distinguió el juez. Esgrimió que “no significa que uno deje de ser católico” por retirar una imagen de esta creencia de los estamentos del Estado.



“Existen lugares como una iglesia, un templo, una gruta, para rezar y adorar y el hecho de que se saque una imagen o sea instalada, no hace a una persona ni más ni menos religiosa”, indicó. Remarcó que “se debe respetar en las instituciones públicas el derecho a la libertad de culto. Esto significa que no se puede imponer una determinada imagen con la que una persona puede no estar de acuerdo”. También contrastó que “al existir la libertad de culto, una persona puede ir y colocar la imagen de la creencia o religión al que se adscribe. Incluso, se puede pedir a las autoridades públicas que lo hagan”.

Observó que si bien en las instituciones públicas abundan imágenes del culto católico “si alguien pide que sea removida o cambie la misma, está en todo su derecho porque es un derecho constitucional, e internacional en determinadas circunstancias, la libertad de culto”. “Todos tienen derechos y existe el principio de igualdad, regulado en la Constitución nacional, lo que en otras palabras significa que todos somos iguales ante la mismas circunstancias”, indicó el juez. En base a ello, evaluó que de aplicar dicho criterio los caminos se bifurcan en dos: o “no hay imágenes religiosas en instituciones públicas por el derecho a la libertad de culto o hay imágenes de todo tipo y toda religión”

03 de junio de 2019 - <https://www.lesqui.com/politica/>

Comentarios de los lectores

Por lo que me consta, las imágenes religiosas que están en los lugares públicos, fueron colocados espontáneamente por la gente y no por la imposición de nadie, ahora irán también por las imágenes que se encuentran en las rutas y luego irán por la que tenemos en nuestros hogares, tanto es el desatino que quieren que un niño de dos años decida sus preferencias sexuales, como si los padres fueran idiotas. No debería permitirse bajo sanción exhibir en lugares públicos fotos imágenes, nombres o bustos de dictadores (Perón, Videla, etc.) políticos corruptos o simplemente que se encuentren ejerciendo sus cargos.

Absolutamente de acuerdo con la opinión del juez Morabito, ya que también soy católica sin embargo estoy a favor de un Estado laico y este proyecto pone en debate el tema, lo cual considero necesario.

La Libertad de Culto es PARA LA PRÁCTICA de la misma, pero no para que olviden que LA NACIÓN ARGENTINA SOSTIENE EL CULTO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO. Por si lo ignora, le paso el Art. 2: Artículo 2º.- El Gobierno federal sostiene el culto católico apostólico romano. Y la de Catamarca dice en el ARTÍCULO 4.- El Gobierno de la Provincia protegerá el Culto Católico Apostólico Romano, sin perjuicio de la tolerancia de cultos garantizada por la Constitución Nacional

Algunos lectores opinan que las imágenes están ahí, según sus palabras, para un mejor comportamiento o accionar del ser humano, para promover el buen accionar de quienes por allí circulen y/o trabajen. Les recuerdo a los entusiastas que la mayoría de nuestros políticos juran sobre la Biblia y tienen imágenes de éstas en sus despachos. Y así nos va XD

El peso de las tradiciones

Se dice que el ser humano es un animal de costumbres, que es tanto como decir que somos reproductores de creencias y prácticas que aprendimos de nuestros padres y abuelos, de nuestros maestros, y todo ello en la cultura o subcultura en la que nacimos y crecimos. A estas creencias y prácticas solemos darle generalmente el nombre de “tradiciones”, que son los elementos de referencia específicos que le otorgan un sentido de identidad y de pertenencia a un grupo o a una sociedad, y sin los cuales nos sentiríamos incompletos o inexistentes.

Lo cierto es que los elementos de una cultura son objetos y prácticas creados a través del tiempo sin que tengamos conciencia muchas veces de cómo y cuándo surgieron, ni por qué, ni para qué. Solo sabemos que están allí y nos estructuran interna y externamente, como es el caso del idioma, de la forma como lo utilizamos, de las ideas que tenemos sobre la vida, el amor y la muerte, de las actitudes y comportamientos que expresamos hacia el prójimo, hacia los ancianos y los niños, las maneras cotidianas que tenemos para comer y vestir, nuestros gustos, nuestros miedos y odios, los valores, los mitos e historias colectivas que fabricamos y que nos conforman, etcétera.

Además, hay las tradiciones específicas a ciertos círculos sociales, a ciertos grupos y gremios e instituciones como el ejército o la Iglesia, pero también, creencias y prácticas que son propias a diversas tribus ideológicas, organizaciones políticas y hasta empresas. Todo lo cual puede ser abarcado dentro del costal de las “tradiciones”, y podríamos afirmar que en ese sentido no hay un solo objeto cultural que, de una u otra forma, no se convierta eventualmente en una “tradicción” o que no sea transmitido y reproducido como tal.

Así, hay tradiciones que llamaríamos “funcionales” y “disfuncionales”, “adecuadas” o “inadecuadas”, según la dinámica, las necesidades y las funciones que cumplen en un momento dado, y por eso hay también tradiciones anacrónicas e innecesarias que tienden a desaparecer sin que nos demos cuenta, mientras que otras surgen y las van sustituyendo. Por esa razón, las tradiciones nunca son puras, siempre son híbridas, compuestas de elementos diversos y circunstanciales, a veces prestados y a veces originales, y también evolucionan con el tiempo, de modo que no puede hablarse de tradiciones auténticas o invariables, pues la “autenticidad”, como “la pureza”, son nociones abstractas, caprichosas y resbaladizas cuando se trata de prácticas humanas.

Hago estas consideraciones porque en los próximos días se acerca la famosa Semana Santa con su cohorte de alfombras multicolores y procesiones masivas, solemnes y bulliciosas, con olores a corozo e incienso. Constituyen una tradición muy arraigada en nuestra cultura cristiana guatemalteca, y se han vuelto un elemento cada vez más importante dentro de la economía y las costumbres locales. Así que es interesante reflexionar sobre estas consideraciones acerca de lo que llamamos “tradicción”, para tener más conciencia de ellas y adoptar así una visión analítica, es decir, lúcida, ante unas prácticas que, para algunos de nosotros –como las corridas de toros en España-, no tienen mayor sentido ni atractivo, y para otros muchos, en cambio, representan uno de los momentos más significativos y hermosos de su vida.

El peso de las tradiciones familiares

Por Álvaro Santi

Wikipedia define una «superstición» como la creencia contraria a la razón, que atribuye una explicación mágica a la generación de los fenómenos, procesos y sus relaciones. Lo interesante de todo esto es que gran parte de las supersticiones se originan en una situación que se significa de una determinada manera y se transforma en una tradición reforzada con el tiempo. Tal es el caso de la conocida superstición de la sal derramada, hecho que se asocia con la escasez. Pero el origen es más bien histórico y no supersticioso, pues surge porque este producto natural se utilizaba como dinero en tiempos antiguos y de hecho por esto deriva en la palabra salario. Sin embargo, actualmente no utilizamos la sal como dinero y la tradición supersticiosa nos conduce a temer una pérdida material cada vez que por error se nos cae del recipiente.

De la misma forma ocurre con las tradiciones que heredamos de nuestra familia. Aunque para nosotros un acontecimiento no represente lo mismo que representó para nuestros antepasados, el instinto de conservación de nuestro árbol nos impulsará a continuar la tradición, evitando, de esa forma, el riesgo que podría significar cortar la cadena y entrar en un ciclo de incertidumbre.

Hace un par de semanas recibí en mi consulta a una mujer cuya abuela materna se había casado llevando el rosario de su madre en la mano izquierda. Esta tradición, iniciada por la bisabuela de mi consultante, había surgido de una culpa por haber contraído matrimonio sin olvidar del todo a un amor pasado. Una monja, cercana a la familia, le aconsejó llevar un rosario oculto bajo el guante de la mano izquierda apretándolo de tal manera que la cruz metálica dejara una marca en su palma. Este creativo ejercicio le permitiría a la bisabuela recibir el dolor de Cristo para redimir el propio.

Dicha táctica se transformó en una tradición de las mujeres de la familia como un símbolo de entrega y compromiso a sus esposos y como una manera de proteger el matrimonio de la amenaza de terceros. Nadie había roto la cadena hasta que llegó el día del matrimonio de mi consultante y el rosario que todas las mujeres habían exprimido en sus manos desapareció misteriosamente. Así, mi consultante tuvo que casarse «sin la protección familiar», sintiendo miedo e incluso algo de culpa. Dos años después, la reaparición de un ex y una infidelidad de su marido la sumergieron en una profunda sensación de inseguridad. Le aconsejé entonces un acto simbólico para que su inconsciente se liberara del peso de esta nefasta tradición familiar, pagando las mujeres, la culpa que su bisabuela cargaba.

En este contexto, creo importante conocer y analizar nuestra biografía familiar, pues puede resultar de gran ayuda para ser conscientes del peso transgeneracional con el que cargamos y que, por lo general, resulta ser una limitante para nuestras posibilidades.